

tado. Algún movimiento se produjo con este inusitado acontecimiento, restableciéndose sin tardanza la calma.

A pocos momentos salían todos los devotos que habían acompañado á los RR. PP. á andar á este bendito camino, que tal vez con más de una gota de la preciosísima sangre del inocente Jesús hubiera sido salpicado.



CAPITULO TERCERO.

Lugar del llanto de los judíos — Hermanito Juan — Lamentaciones de los Judíos. — Reunión en la Sala. — El Ilmo. Sr. Obispo propone demos limosna. — Conformidad de los peregrinos. — Todo arreglado. — Torre Hipicus. — Torre de David. — Palacio de Herodes el Grande. — Capilla de Santiago el Menor. — Sitio de la Casa de Santo Tomás. — Casa de Anás. — Capilla del Interrogatorio. — Convento de los armenios cismáticos. — Lugar del martirio de Santiago. — Columna donde deseansara el cuerpo de la Santísima Virgen. — Palacio de Ca fás.

DE ahí, según hemos dicho, se había determinado nos fuésemos á ver llorar á los judíos, ceremonia que sólo los viernes acostumbran hacer, y tal vez el último que pasaríamos en esta histórica ciudad de Jerusalem era necesario aprovecharlo. Como extrañábamos á nuestro compatriota el Sr. Dr. Ruiz, pues así como él

en Roma, siempre nos acompañaba y nuestro más fiel compañero era todos los días; de la misma manera aquí el hermanito Juan, por todos lados y en todas las bocas resonaba su nombre. Estaba esperándonos para acompañarnos sin demora, porque ya era tarde, pues más de una hora había durado el santo ejercicio que acabábamos de hacer.

Pasamos un camino bastante largo y por lugares muy asquerosos, pues ni callejones se pueden llamar, donde es menester cubrirse bien las narices para no percibir el suave olor que despiden aquellas *perfumadas* cloacas que olían, como dice D. Quijote, no á ámbar. Recorrimos este famoso sitio; mas no es como aseguran, es decir, que estas piedras ó cimientos donde se reúnen son los mismos del antiquísimo y regio templo de Salomón; lo que sí afirma la tradición es que, en este mismo lugar estuviera situado el edificio que sólo su triste memoria ha conservado.

Llámase del *Llanto de los Judíos*, porque todos los viernes del año, exceptuando el que cae en la fiesta de los *Tabernáculos*, se reúnen los infelices judíos para orar y cantar himnos lúgubres, deplorando su miserable

estado. No diré que lloran, porque al menos nosotros no los vimos, no obstante que más de media hora estuvimos presenciando lo que hacían. Unos se sientan en una mesa que llevan, por lo regular son los hombres, y allí abren su Antiguo Testamento, y se ponen á leer en voz alta, y las mujeres están frente á los cimientos de la misma manera; leen y vuelven á leer durante todo el tiempo que allí están. Entre éstas sí vimos derramar algunas lágrimas, mas parece tienen tanta devoción, que nos fijamos detenidamente en ellas y ni se movían, ni por entendidos se daban, y seguían adelante. La única vez que vimos hablar á uno de estos rabinos, fué cuando uno de los turistas que parecía inglés penetró á este lugar, montado en su burro; inmediatamente se paró uno de los judíos y no sé que diría, lo cierto es que luego el burro desapareció, y el ginete hizo lo mismo que nosotros: recorrer aquel espacio y ver lo que estos pobres hacían.

Este lugar está situado ante un antiquísimo muro, construído de grandes sillares, pues cada piedra medirá de unos dos ó tres metros de longitud y en el sitio donde an-

tignamente se levantara el majestuoso, soberbio y riquísimo templo del Rey Salomón, mas nada de particular ofrece; es una especie de callejón cerrado y baldoquinado con losa corriente.

Si el lector gusta pasar su vista por los siguientes renglones, verá aunque sean dos de las plegarias bien tristes que recitan, ó cantan cuando ganas tienen.

PRIMERA LAMENTACION.

Rabino.—Por el palacio Regio devastado:

Pueblo.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por el Templo destruido:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por las murallas derribadas:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por nuestra majestad que ya pasó:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por nuestros grandes hombres que perecieron:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por nuestras piedras preciosas quemadas:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por nuestros Sacerdotes caídos:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

Rab.—Por nuestros Reyes despreciados:

Pueb.—Lloramos aquí en la soledad.

SEGUNDA LAMENTACION.

Rabino ó Tajám.—Os suplicamos, Señor, que tengáis piedad de Sión:

Pueblo.—Reunid á los Hijos de Jerusalem.

Rab.—Daos prisa, apresuraos, Salvador de Sión:

Pueb.—Hablad en favor de Jerusalem.

Rab.—La belleza y majestad vuelvan á Sión:

Pueb.—Mirad con ojos de clemencia á Jerusalem.

Rab.—Ea, pues, Señor, restableced presto la dominación Real de Sión:

Pueb.—Consolad á los que lloran en Jerusalem.

Rab.—La paz y la felicidad vuelvan á Sión:

Pueb.—Y la vara del poder elévese en Jerusalem.

Se habrá fijado el lector que, al hacer mención de las lágrimas de estos pobres, decíamos que parecía tan sólo, porque á la verdad, no es de creerse otra cosa, sino que una suma malicia y una gran terquedad es la causa de su obstinación. Así claman y se lamentan sobre los restos de sus glorias ya pasadas, pero sus lágrimas no las vimos, sino que solamente pudimos ver que desde este mundo, están pagando la pena debida á su perfidia y aquella terrible imprecación de sus antepasados: *Singuis Ejus super filios nostros*. Llorarán y llorarán sus desgracias, pero sin remedio; sobre sus cabezas pesa nada menos que la muerte del enviado del Eterno, atentado que un día presenciaron con gran pena los cielos, hicieran temblar los abismos, confundiera las potesta-

des infernales y de luto vistiera al mundo entero.

En fin, satisfecha quedaba nuestra curiosidad, y compadeciendo de corazón á aquellos, infelices, regresamos por el mismo camino, dirigiéndonos á nuestra tantas veces mentada Casa Nova.

Antes de cenar fuimos todos convocados para reunirnos en la sala, pues el Ilmo. Señor Obispo deseaba comunicarnos alguna cosa. De suerte que todos, obedeciendo sus mandatos, nos fuimos reuniendo de tal manera, que con excepción de uno ó dos, á las seis y media sentados estábamos en los sofás que adornan la pieza. Solamente éramos llamados para hacernos presente que algunos gastos pequeños se venían haciendo desde que de Roma partimos y que solamente por el desvío que habíamos tenido de pasar por el Cairo, como antes se había advertido, aumentaban la cuenta en cuarenta francos y que, según eso, aprontando cada uno cien francos podríamos pagar todo y aun llegar á Roma; esto se entiende, por los gastos extraordinarios, por los coches, tranvías, hoteles y todo lo que no fuera trasportarse de una parte á otra,

que era lo único que estaba arreglado con la Agencia Cook. Sin averiguación alguna todos contestamos de enterados y prontos para entregarlos al Padre Hueso, que había sido designado para ello; lo chistoso era el pobre viejito D. Rafaelito, nuestro compañero, que á todo decía que sí, cuando por sus malos cálculos estaba ya escaso y su bolsa exhausta de numerario. Pero él dijo: "Voy á Jerusalem y voy;" lo cual verificó; mas en verdad, que después de tantas penas, por bien empleado se da todo con tal de tener esta imponderable dicha.

Ya nada tendríamos que hacer en este día, que felizmente había terminado y del cual gratos, gratísimos recuerdos sólo nos quedaban, así como de todos los dichosos días de nuestra peregrinación; por lo mismo, faltábanos tan sólo tomar un poco de alimento, así como saborear los higos pasados y las nueces jerosolimitanas, para retirarnos á nuestros cuartos y descansar, cuya operación estaba terminada á las ocho y media y ya invocábamos á Morfeo, el que siempre escuchaba nuestras plegarias y cariñoso nos recibía entre sus brazos. Se me pasaba también decir que el Sr. Obispo

Fierro, en la junta ha poco tenida, advirtió que aunque según el reglamento de Casa Nova ningún pasajero ó peregrino debe pagar por los quince días que puede permanecer en ella, sin embargo creía prudente y justo que cada uno de nosotros les ofreciera una limosna de cien francos, y al efecto, que si estábamos conformes, los entregáramos al Sr. Hueso con los otros cien de que ya nos ocupamos.

Excusado es decir que todos, sin exceptuar uno solo, aprobamos la determinación, con gusto obsequiamos sus deseos y al efecto, luego los entregamos al comisionado.

El sábado dos de Abril apareció bello y tranquilo, como los días casi todos de Jerusalem; como siempre nos dirigimos á distintos sitios para celebrar el Santo y Augusto Sacrificio de la Misa; yo me fuí hasta la Gruta de la Agonía que, como se recordará, se encuentra á un lado del Huerto de Getzemaní saliendo por la puerta de San Esteban. Con voluntad suma me fué permitido el hacerlo por el fraile franciscano, encargado de este tan venerable sitio. Después que concluí, un poco de tiempo empleé en la acción de gracias y luego hacia

Casa Nova me dirigí, donde ya todos los compañeros se encontraban reunidos, determinando ir en grupos á conocer algunos sitios que faltaban, pues nos habían dejado libres para que hiciéramos lo que más agradable nos fuera, advirtiéndonos que temprano debíamos reunirnos para comer á las doce y poder estar en el Santo Sepulcro á la una y media que debía ser la recepción solemne.

Aprovechando la ocasión de que aun nos faltaban algunos lugares interesantes, nos fuimos todos siempre con el hermanito Juan, á pie, á ver los más importantes y fueron los siguientes: Viniendo de la puerta de Jaffa para el centro por una de las principales calles de Jerusalem, nos encontramos siguiendo la muralla, con la *Torre Hippicus*, que allí mismo se levanta, nombre de uno de los más amigos de Herodes y la que está en el mismo lugar donde el Rey mandó levantar una con idéntico nombre. Al N. E. se ve la Torre de David, la cual, luego que nos fué enseñada sufrimos una decepción, pues creíamos sería más esbelta y que llamaría la atención, acordándonos que nada menos es una de las alegrías

que se le aplican á la Virgen singular, á la Madre del Unigénito del Padre, á María Santísima, pues apenas mide 20 metros de altura y 17 de espesor; se asegura que las bases de la parte inferior se remontan al tiempo de los Jebuseos. Dentro de la torre está lo que era el Oratorio de David, llevando este nombre porque la tradición musulmana asegura que aquí fué donde el rey miró á Bersabé y la deseó cuando se encontraba ésta en los jardines de la casa de su esposo Urías, y en cuyo sitio este Santo Profeta lloró é hizo suma penitencia de su doble crimen, es decir, haberse apoderado de una mujer ajena y mandado matar al esposo. En frente de este sitio se ve todavía un lugar donde existe una poca de agua, y es nada menos por donde se entra á la ciudad cuando llegan por el ferrocarril los peregrinos, donde aseguran estaba Bersabé. Casi es lo primero que enseñan á uno.

Los musulmanes tuvieron durante algún tiempo en mucha devoción este sitio y allí venían á hacer oración, mas hoy está en poder de los árabes y convertido en cuartel adonde no se puede penetrar sin el corres-

pondiente permiso del Pachá, suprema autoridad de Jerusalem.

Al S. de la misma torre hay otra que Herodes llamó *Torre de Fasael* en memoria de su hermano que fué muerto en una guerra que contra los Partos emprendió y por último en el ángulo S. E. se ve otra más pequeña que llamó *Torre Mariamne* ó *Merienne*, nombre de una mujer á quien con locura amó y la que por celos hizo matar.

A unos 25 metros de distancia, el lugar del *palacio de Herodes el Grande* encontraremos. Este Rey, el mismo es que, sanguinario ambicioso y lascivo, reinara en tiempo del nacimiento del Mesías. Sanguinario, por haber decretado la muerte de los inocentes, con el fin de hacer morir al Mesías, y ambicioso porque á ello fué movido por el temor de perder el cetro. Lascivo porque bien sabidos son los escándalos que de esta naturaleza cometiera. Está este lugar situado frente casi á la puerta del cuartel y nadie había fijado en el sus ojos hasta que destinado estaba á los hijos de Lutero; establecieron aquí su casa de propaganda impía, para perpetuar la inmoralidad de aquel tirano. Aquí fué, pues, donde recibió á los

Reyes Magos que iban á Belem á adorar al recién nacido y á quienes maliciosamente encargó vinieran á avisarlo cuando lo hubieran encontrado para ir también él. Aquí igualmente fué donde diera el decreto de degollar á todos los inocentes.

Siguiendo para el S. se encuentra una capilla dedicada al Apóstol Santiago el Menor, pero pertenece á los Armenios, y donde unos momentos estuvimos viendo sus ceremonias que son enteramente desconocidas; sólo me acuerdo y lo único en que me pude fijar es que cuando suben al altar, todos se descalzan, usando unos como zapatos bajos; la verdad son muy asquerosos mis pobres hermanos. Como llamábamos la atención nos salimos luego y andando como 20 metros nos indicó el hermanito Juan el lugar donde antiguamente existía una capilla como recuerdo de la visita que el Señor hiciese después de su Resurrección á las tres Marias, diciéndoles: *Acete*, Dios os guarde. Hoy nada se encuentra.

Sigamos la misma dirección y preparémonos, que muchos sitios insignes habremos de ver en esta mañana. Por de pronto el que primero veremos será el que ocupaba

la casa de Santo Tomás, donde los Cruzados construyeron una iglesia que los secuaces de Mahoma convirtieron más tarde en una mezquita la que después abandonaron, pero en 1867 de nuevo se apoderaron de ella. Aquí se gana indulgencia parcial.

Sin dejar esta dirección llegamos á una encrucijada y tomando por la derecha caminamos hasta el extremo y luego allí nos dirigimos á la izquierda donde encontramos una pequeña puerta de hierro y penetrando en un callejón vimos el convento de las hermanas de la Caridad armenias, pero cismáticas, es decir que están separadas de la Iglesia Católica. La iglesia que está contigua á este convento se edificó sobre el lugar donde estuviera la Casa del gran sacerdote Anás, suegro de Caifás. Aquí fué adonde condujeron los judíos á Nuestro Divino Salvador desde el Huerto de Getzemani donde Judas lo entregara. Aunque nosotros no quisimos entrar, sin embargo, podemos decir lo que de ello nos dijeron que es bastante exacto. La iglesia está dividida en dos partes ó sea en dos oratorios. El anterior sólo manifiesta un pobre altar y una cisterna de excelente agua, así como un va-

so con el que la dan á quien la solicita. El posterior es la llamada propiamente iglesia, cuya bóveda descansa sobre sencillas pilas-tras que la dividen en tres naves de las cuales las laterales son sumamente estrechas; tanto los pilares como las paredes están revestidas de ladrillos barnizados, como los azulejos que aquí se acostumbran; en el fondo se ve el altar mayor, adornado con dorados y ricas esculturas.

Hacia la mano izquierda está la capilla llamada del *interrogatorio de Nuestro Señor Jesucristo*, debajo de cuyo altar se ve marcado el lugar donde el Señor estaba cuando el Pontífice le interrogaba y cuando con la mayor sumisión del mundo recibiera el soberbio bofetón de mano de uno de los siervos del Pontífice. Fuera de la iglesia, en el patio que está contiguo se ven unos pequeños olivos, procedentes según afirman del en que atado fué el Señor mientras en el palacio se deliberaba su causa. Una escena nos aconteció en este lugar: al saber la historia de aquellos olivos, algunos ramitos estábamos cortando, cuando una señora ya anciana salió y nos dijo quien sabe que cosas que no le entendimos; sólo sí vi-

mos que un hombre salió luego con muchas ramitas y mediante los céntimos nos las daba. Cerca del oratorio se ven unas piedras que se cree son de las que formaban el *Palacio de Anás*.

Tomando por la primera puerta que está á la izquierda, se encuentra en frente otra que conduce al convento de los Armenios cismáticos que es sin duda el mejor que había en Jerusalem, porque hoy sácense la palma los franciscanos, pues se han esmerado y sacrificado, logrando en San Salvador como ya dijimos enseñar hasta oficio. Atravesando dos patios algo extensos y cerrados por varios edificios donde tienen la escuela de niñas, el seminario y el hospicio, se encuentra otro tercero en el cual tiene su fachada el templo de Santiago, denominado el Mayor, Apóstol y Patrón de España, la cual mandó levantar esta noble é hidalga nación sobre el lugar donde por orden de Herodes Agripa, fuera decapitado este santo en el año 44 de nuestra éra, lo cual acontecía cuando de esta nación regresaba á donde, á predicar el Evangelio que hace felices, había ido. Ahora lo poseen los Armenios cismáticos quienes á los Georgia-

nos lo arrebataron, los que lo habían recibido del Rey de Aragón, en cambio de las reliquias de Santa Tecla.

Después de esta usurpación se permitía al menos á los Padres Franciscanos el que anualmente, el día 25 de Julio, en que celebra la Iglesia la festividad de este Santo Apóstol, pudiesen officiar en el templo, mas debido después á las diferencias nacidas por el implacable odio de los enemigos, desde 1870 se ven privados de tal consuelo, no obstante las repetidas quejas que la Francia, protectora decidida de estos santos lugares, ha hecho al gobierno musulmán. Es uno de los mejores templos de esta ciudad de tantos recuerdos, ya por sus riquezas como por sus adornos; consta de tres naves, las que están separadas por gruesos pilares cuadrados y sobre ellos descansa una bien pequeña cúpula.

Veamos la pared que está por el lado N. y la capilla que allí está levantada, las cuales indican el lugar donde se verificara el glorioso martirio de este gran Apóstol. Muy cerca también muestran el sepulcro del obispo de Jerusalem, San Macario, y en frente se ve otra capillita donde se encuen-

tran tres piedras que proceden de distintos lugares: la primera y más chica, del Jordán; la mediana, del monte Tabor, y la última, del Monte Sinaí.

Según aseguran todos, contiguo á este templo existía antiguamente el *Hospital de los Europeos*, y en él terminó alegremente sus días que al socorro y servicio de los pobres enfermos había consagrado Doña Sancha, hija de Don Jaime el Conquistador, Rey de Aragón. Los armenios poseen actualmente este memorable lugar y en él reside el Patriarca, teniendo además su seminario y una hospedería para los de su nación.

Hemos terminado con los armenios, y saliendo de este sitio nos encaminaremos hacia el lugar donde está una columna como de un metro de largo y 70 centímetros de circunferencia, hecha de cantera común y colocada en la esquina de una calle, que es donde según nos dijo el hermanito Juan, la tradición afirma descansara el féretro que conducía el santísimo cadáver de nuestra Santísima Madre, cuando la llevaban á enterrar al Valle de Josafat, pues fueron aquí acometidos por los judíos, quienes

osaron atropellar el venerando ataúd; mas nada de tiempo había transcurrido, cuando experimentaron el justo castigo, quedándose ciegos, paralíticos de un brazo y pegada la mano al ataúd, hasta que rogaron á los Apóstoles que acompañaban á su Reina y Señora, que los libertasen de aquel castigo, pues estaban arrepentidos. Fueron escuchadas sus súplicas y lograron recuperar la salud del cuerpo y consiguieron por añadidura también la del alma, pues luego fueron regenerados con las aguas purísimas del Bautismo, abrazando la Religión Divina del Infame Criminal que hacía poco había sido muerto en la cumbre del Calvario. Una capilla edificaron aquí antiguamente los fieles para perpetuar este prodigio, mas hoy todo ha desaparecido absolutamente. Al saber la triste historia de esta columna, todos la besamos con suma reverencia, pues nos advirtió el hermanito Juan que aquí se gana indulgencia parcial.

Subiendo siete escalones que junto á la columna están, y andando 40 metros, nos encontraremos con el solar del palacio del Sumo Sacerdote Caifás, lugar en el cual Nuestro Señor Jesucristo sufrió el interro-

gatorio del Gran Sacerdote y fuera tratado como criminal y donde su apóstol Pedro le negara tres veces á la débil voz de una mujercilla. Varios han sido los templos que en diversos tiempos, desde la época de la gran Santa Elena, se levantaran, mas todos han sido destruidos, comenzando desde Cosroes, que todo lo echara por tierra. Ahora la que existe está bajo el dominio de los armenios cismáticos y nada de notable ofrece, sobre todo en cuanto á su orden arquitectónico. Un solo altar tiene, que ocupa el fondo del ábside al lado del O., de cuya mesa hace las veces una gran parte de la lápida que cubría el Santo Sepulero, llamada *pedra del Angel*. En el lado de la Epístola se muestra la *Cárcel de Nuestro Divino Redentor*, llamada así porque allí permaneció el dulce Jesús la noche del Jueves al Viernes Santo, sufriendo miles de oprobios é insultos de aquella malvada turba; es muy pequeñita la capilla aquí erigida, pues apenas dos personas podrá contener estando arrodilladas.

Aquí también tenían derecho los franciscanos, como en la iglesia de Santiago, para

celebrar sus divinos oficios una vez al año, que era el lunes de Pascua de Pentecostés, pero igualmente desde 1870 se ven privados de esa satisfacción.



CAPITULO CUARTO.

Patio de la negación de San Pedro.—Cementerio de los griegos cismáticos.—Solar de la Casa de la Santísima Virgen.—Santo Cenáculo.—Mezquita.—Sepulcro de David.—Gruta del Arrepentimiento de San Pedro.—Puerta de Sión.—Lugar de la Cárcel de San Pedro.—Iglesia Griega Cismática.

HUERA de la iglesia está el patio donde San Pedro negó á su Divino Maestro, y á mano derecha, volviendo á entrar á la iglesia, se muestra el lugar donde el gallo cantara dos veces, conforme el Maestro hubiese predicho á su discípulo Pedro.

Cerca de este lugar, como á unos 50 metros, se encuentra el cementerio de los griegos cismáticos, y cruzando á la izquierda está el de los americanos, cerrado por eua.